
Saberes in-corporados. Enfoques contrahegemónicos para la producción del hábitat

Incorporated knowledge. Counter-hegemonic approaches for habitat production

Noelia Cejas¹ y María Rosa Mandrini²

Recibido: 14/10/2020. Aceptado: 24/02/21

<http://dx.doi.org/10.30972/dpd.10154808>

Resumen

Este trabajo reflexiona sobre una perspectiva teórico-metodológica que hemos construido, a lo largo de diversas instancias de trabajo con comunidades campesinas y periurbanas. Desde una posición epistemológico-política que denuncia el proyecto civilizatorio de la modernidad y su modelo de producción de conocimiento, nos interesa reconocer otras formas y soportes para los saberes excéntricos a la palabra. Para dar cuenta de estas reflexiones, primero abordaremos la inflexión epistémica que nos ofrece, principalmente, el proyecto decolonial y la ecología política para pensar la producción de conocimiento desde los territorios. Luego, presentaremos una experiencia de investigación que vuelve más expresivas nuestras reflexiones para, finalmente, concluir este texto con aquellos elementos que consideramos pueden enriquecer un enfoque contrahegemónico para la producción de hábitat.

Palabras clave: hábitat; decolonial; saberes incorporados; ecología política.

Abstract

This work reflects on a theoretical-methodological perspective that has been built, throughout many work's instances with peasant and peri-urban communities. From an epistemological-political position that denounces the civilizing project of modernity and its knowledge production model, we are interested in recognizing other forms and supports for eccentric word knowledge. To present these reflections, first we will broach epistemic

¹ Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en el Centro Experimental de Vivienda Económica (Argentina), Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Estudios Sociales de América Latina por la Universidad Nacional de Córdoba. Contacto: noelia_cejas@outlook.com

² Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en el Centro Experimental de Vivienda Económica (Argentina), Arquitecta por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Arquitectura y Urbanismo por la Universidad Nacional de San Juan. Contacto: mrmandrini8@gmail.com

inflection that decolonial project and political ecology offers, to think about the knowledge production from territories. Then will present a research experience, which makes our reflections more expressive, to finally conclude with elements that can improve a counter-hegemonic approaches for habitat production.

Keywords: habitat, decolonial, embodied knowledge, political ecology.

Introducción

Presentamos un enfoque contrahegemónico de investigación y desarrollo de tecnología que hemos construido a lo largo de diversas instancias de trabajo con comunidades campesinas y periurbanas. Nuestras intervenciones territoriales presentan un objeto recurrente: el hábitat rural/campesino y periurbano y las múltiples formas de habitarlo.

Desde una posición epistemológico-política que denuncia el proyecto civilizatorio de la modernidad y su modelo de producción de conocimiento, que antepone la palabra erudita a cualquier otro tipo de discursividad, nos interesa reconocer otras formas y soportes para los saberes excéntricos a la palabra. En un sentido estricto, nos interesa desplazar del centro la producción de conocimiento verbo-centrada para volver perceptibles otros espacios de enunciación y, particularmente, abordar las formas en que dialogamos cuando trabajamos con y desde saberes in-corporados, hechos cuerpo.

Para dar cuenta de estas reflexiones, abordaremos la inflexión epistémica que nos ofrece el proyecto decolonial y la ecología política, luego presentaremos una experiencia de investigación que vuelve más expresivas nuestras reflexiones para, finalmente, concluir este texto con aquellos elementos que consideramos pueden enriquecer una aproximación contrahegemónica para la producción de hábitat.

Las experiencias de investigación que convocan a las reflexiones que aquí presentamos comparten algunos aspectos en común: trabajamos con comunidades rurales/campesinas y del periurbano, procuramos acompañar procesos de lucha por sus formas de habitar los territorios y lo hacemos desde una comprensión integral del hábitat.

La necesidad de repensar las prácticas a partir de las cuales planteamos procesos de producción de conocimiento en el campo del hábitat es un aspecto que se nos presenta como neurálgico. Entendemos que esas prácticas se entraman en nuestras formas de encontrarnos, las posibilidades de escucha activa, las potencialidades (siempre en acto) de aquellas y aquellos con quienes queremos construir (en un sentido amplio). En eso que se nos presenta de modo fundamental es que comprendemos también nuestros límites, lo que Boaventura de Sousa Santos (2009) ha nombrado como la incompletitud de todo saber. Es allí donde nos detendremos por un momento: el espacio de enunciación desde el cual asumimos nuestra práctica investigativa.

Deshabitar lugares comunes: reflexiones sobre el estatuto del pensar y el hacer para encauzar un diálogo entre saberes

Verónica Gago (2017) propone pensar la investigación militante como una oportunidad para revisar la histórica escisión entre el pensar y el hacer. Ella sostiene que esta remanida división, además de caricaturesca, no colabora en el desarrollo de prácticas de producción de conocimiento que intentan acercarse y apoyar las disputas territoriales. La autora señala:

cada vez que reemerge este binarismo (en su fórmula más brutal: los que hacen y los que piensan) es en respuesta disciplinadora a un desplazamiento de la relación entre pensamiento y práctica. Por eso, el antiintelectualismo, en lugar de ser un guiño hacia lo popular (como muchas veces se sobreactúa), es un llamado al orden y una confirmación de las jerarquías clasistas. (Gago, 2017: 66)

Esta división de las tareas se puede volver difusa cuando nos proponemos desarrollar tecnología para el hábitat con otras y otros, en territorio, desde el recupero de saberes locales. Allí se conjugan saberes asentados en tradiciones académicas (arquitectura, ingeniería, diseño industrial, etc.) con los saberes de los y las constructores/as locales.

De manera que, acordar con la imposibilidad de sostener la distancia entre quienes hacen y quienes piensan, puede ser el paso más sencillo, antes de efectivamente ingresar al nudo de la cuestión: ¿De qué manera resulta posible construir un espacio de diálogo genuino?

La posibilidad de desarrollar un ejercicio de diálogo de saberes enfrenta, casi en su primer movimiento, los límites de la deseable horizontalidad. Es que estos procesos no surgen en el vacío, sino que se inscriben en el marco de experiencias que han torneado un tipo de relación social que no solo distingue el saber intelectual del pragmático, como se ha señalado, sino que además jerarquiza el saber académico por sobre otros campos de experiencia y saberes.

Entendemos, desde esta perspectiva, que dicho tránsito –cuyo punto inicial es el de asumir el espacio político que inviste al rol de investigadora o investigador, inscrito en un devenir histórico que lo jerarquiza– requiere de un planteo metodológico que sea capaz de acompañar las profundas discusiones de orden epistémico y teórico que se vienen dando, críticas del orden instituido que privilegia unos campos de experiencia sobre otros.

Como proyecto de pensamiento y acción, el proyecto decolonial³ invita a pensar los límites del paradigma de producción de conocimientos dominante. La situación de privilegio que se

³ Dicho brevemente, los fundamentos de esta perspectiva señalan que la modernidad, entendida como modelo civilizatorio global, se encuentra estrechamente ligada a la historia del colonialismo y de la colonialidad (Lander,

le otorga al campo científico remite a la estrecha relación con que representa el uso de la palabra, especialmente aquella estructurada desde la discursividad académica. El paradigma vigente de producción de conocimiento social sitúa a la palabra como el eje vertebrador de toda su producción, articulando allí las posibilidades de controlar el mundo de "lo real". Foucault, en *Las palabras y las cosas* (1968), define a la episteme como un horizonte de sentido temporal situado, un "a priori histórico" que ordena las condiciones de posibilidad para que unos discursos sean caracterizados como "conocimiento", mientras que otros no. Allí, el saber científico es una modalidad discursiva enmarcada en un horizonte epistémico – histórico y político– que opera como un dispositivo de control y jerarquización entre diferentes órdenes de sentido. Este dispositivo permite naturalizar el orden jerárquico que establece cuáles son los saberes autorizados para impulsar el devenir civilizatorio, distinguibles de otros saberes: incapacitados, no autorizados o –en el mejor de los casos– pregoneros de modernidades incompletas, retrasadas y, por lo tanto, indeseables (Vanoli, Martínez y Cejas, 2018).

Desde este enfoque, nos interesa señalar los modos específicos con que la matriz colonial se expresa en nuestro campo de investigación, a fin de proponer algunas estrategias o perspectivas capaces de poner en situación de diálogo de saberes aquellos campos de experiencia históricamente invisibilizados o subalternizados.

Nos propusimos reflexionar a partir de un ejercicio situado, recuperando una experiencia de pensamiento y práctica con otras y otros, orientado al desarrollo de tecnología para el hábitat, capaz de mostrarnos una serie de elementos que bien puede componer una metodología de investigación contrahegemónica. Entendemos, junto con Boaventura de Sousa Santos (2009: 12), que "no habrá justicia social global sin justicia cognitiva global". Por ello, entendemos que los procesos de producción de conocimiento –orientados al desarrollo de tecnologías que pretende resolver problemas sociales, como lo son aquellos vinculados al acceso al hábitat– serán transformadores en tanto subviertan las condiciones de tal producción. En otras palabras, entendemos que el autor nos invita a ampliar la mirada sobre el abordaje de la inclusión social, incorporando la dimensión epistémica/gnoseológica y, por tanto, metodológica. Así, desde una perspectiva que va al encuentro de otras y otros

2000). El fin del colonialismo, entendido como el estadio histórico en el cual se disuelve el vínculo legal entre metrópoli y colonia, no dio paso a la disolución de la matriz vincular de dominación. Si en el periodo de la colonia el ejercicio legítimo del poder se fundaba en la legalidad del lazo político, el colonialismo prevalece a través de la actualización de la matriz de producción de sentido eurocentrado, que configura un modo de organización geopolítica orientada a sostener la superioridad de los denominados "países desarrollados". La modernidad, así, puede ser comprendida como un modelo civilizatorio en el que se configura un nosotros (moderno) con facultad de intervenir en territorios, grupos, conocimientos, prácticas, subjetividades; y que en la diferencia constituye un otro no-moderno. El reparo en esa exterioridad, denominada "diferencia colonial", permite reconocer las naturalizaciones presentes en el discurso de la modernidad/colonialidad.

agentes, otros campos de experiencia, otros saberes –emergentes de tales campos–, se configura aquello que el autor denomina como un diálogo de saberes.

La dislocación de los órdenes gnoseológicos dominantes supone un reto político, epistémico, metodológico y conceptual, por lo que este diálogo de saberes debe ser comprendido como algo más que una técnica de investigación. Corriéndonos de la definición etimológica de "diálogo" (eminente dual y logocéntrica), encontramos en esa perspectiva dialógica un posicionamiento orientado al encuentro con otras y otros, donde el gesto de producción de conocimiento es compartido y el espacio de enunciación de cada agente se articula desde el principio de igualdad esencial (Vasilachis de Gialdino, 2007). Esto lleva a la segunda cuestión: ¿Bajo qué condiciones es posible un diálogo de saberes?



Imagen 1. Hacer colectivo: la puesta en diálogo de conocimientos constructivos locales.

Múltiples espacios de enunciación para un diálogo de saberes

Asimilando la definición de paradigma propuesta por Guba y Lincoln (2002) a la noción de espacio de enunciación, entendemos que se trata de un sistema básico de creencias o visión de mundo que guía en la producción de conocimiento, ya no solo al elegir los métodos, sino

en formas que son ontológica y epistemológicamente fundamentales (Guba y Lincoln, 2002: 113). Ahora bien, existen formas de producción y expresión de conocimientos autorizadas y otras no. Y cuando decimos autorizadas, lo que queremos advertir es que existe un orden discursivo que autoriza unas formas sobre otras, privilegiando en este caso el espacio de enunciación del campo académico, intelectual, científico. En este sentido, Eloína Castro-Lara (2016: 112) señala:

Se vive en un mundo dominado por "la razón", en donde el *locus* de ese discurso ha sido privilegiado desde antes del *cogito ergo sum*. Apelando al conocimiento como regulación (bajo la dicotomía caos-orden) (De Sousa Santos, 2008), a la objetividad como paradigma de la ciencia, y a la ciencia como la "hybris del punto cero" (Santiago Castro-Gómez, 2010); es la ciencia la instancia autorizada y validada del sistema-mundo actual, que deja de lado otro tipo de saberes.

Bajo esta perspectiva crítica, nos interesa ensayar modos de producción de conocimiento que puedan nacer de la mixtura, del encuentro, del interjuego y del enredo de diversas sabidurías, donde algunas pueden volverse expresivas al conjugar ideas en la palabra, otras evocando memorias, rezos, canciones, otras empuñando una herramienta o moldeando un material. En ese vasto conjunto de saberes que podemos advertir en los trabajos de campo se nos presenta, recurrentemente, la necesidad de pensar en metodologías que nos corran del centro o –más precisamente– que corran a la palabra académica del centro, en la búsqueda de metodologías que permitan circular nuestra atención a través de diferentes discursividades, soportes, campos de saber, prácticas y experiencias.

El proyecto decolonial nos ayuda a reflexionar e intentar desmontar las formas en que el dispositivo de saber-poder opera en nuestras prácticas. La crítica al pensamiento universal eurocéntrico, como único relato verdadero y duradero, es el primer paso para promover el reconocimiento de los diversos modos de comprender el mundo y las potencialidades que aloja el encuentro y el diálogo de saberes. Pero, además, la denuncia que plantea la colonialidad del saber nos brinda una clave singular para esta tarea, nos muestra el plano espacial. La colonialidad del saber hace referencia al esquema jerárquico que organiza saberes en un escalafón de prestigio, en una relación proporcional con la disolución del espacio de enunciación. Es decir, mientras más alto el prestigio de un saber, más desincorporado, menos territorializado. Esta noción se expresa mejor en el concepto de "hybris del punto cero"⁴, acuñado por Castro-Gómez (2005). Como matriz de producción de

⁴ El autor defiende la tesis de que, hacia finales del siglo XVIII, la violencia epistémica del Imperio español en América asume una forma específica: la hybris del punto cero. Es el momento en que la irrupción mundial del capitalismo exigía que la multiplicidad de expresiones culturales del planeta fuera traducida como una serie de diferencias ordenadas en el tiempo. Las "muchas formas de conocer" quedan integradas en una jerarquía

conocimiento, el modelo hegemónico erige a un observador privilegiado, que se pretende posicionado por fuera del mundo (punto cero) a fin de aplicar sobre él su mirada analítica, que además se pretende orgánica (de ahí *hybris*, el pecado de la desmesura en la tradición griega).

En definitiva, este modelo epistémico instituye un punto de vista como *el* punto de vista privilegiado sobre todos los demás, borrando las particularidades de su espacio de enunciación, lo cual constituye un aspecto central de la epistemología del colonialismo (Castro-Gómez, 2005).

Recuperando la clave espacial desde la ecología política, Carlos Walter Porto-Gonçalves, siguiendo la crítica al eurocentrismo y procurando problematizar la relación entre saberes y territorios, va a decir: "el lugar de enunciación no es una metáfora que pueda ignorar la materialidad de los lugares, finalmente, la geograficidad de lo social y de lo político" (Porto-Gonçalves, 2009: 3). En ese sentido, el autor plantea que es preciso traer el espacio al centro de la escena, geografizar la producción de conocimiento para volver inteligibles los saberes en copresencia (Boaventura de Sousa Santos, 2009), abandonando la visión lineal que distingue entre saberes de avanzada y saberes primitivos.

De esta manera, traer los espacios al centro de la escena, geografizar la producción de conocimiento, nos lleva a recuperar aportes de la ecología política para definir a los territorios como el espacio apropiado por quienes lo habitan, en el que se expresan saberes que emergen de esa diada, espacio-habitar. Como señalan diversos autores (Haesbaert, Porto-Gonçalves, Lefebvre, entre otros), el territorio no es algo externo a lo social, por lo contrario, "el territorio es instituido por sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él. Así, hay, siempre, territorio y territorialidad, o sea, procesos sociales de territorialización. En un mismo territorio hay, siempre, múltiples territorialidades" (Porto-Gonçalves, 2009: 6), las luchas por el territorio son, en definitiva, luchas por conservar o imponer formas de habitarlo.

Los saberes emergentes de la diada espacio-habitar constituyen un reservorio cuyo soporte más expresivo no se radica necesariamente en la palabra, sino en el cuerpo. Desde la ecología política feminista, el cuerpo es uno con el territorio, las formas en que deseamos habitarlo no pueden pensarse escindidas de los saberes construidos de manera situada. Se trata de saberes que no se suelen verbalizar o manifestar por medio de la palabra, pero se vuelven fuertemente expresivos al, por ejemplo, empuñar una herramienta o en disposiciones del cuerpo ante una tarea productiva (como podría ser la cosecha de miel o el destete de un cabrito) que se ejecuta de manera precisa y, aun así, no codificada. Se trata de

cronológica donde el conocimiento científico ilustrado aparece en el lugar más alto de la escala cognitiva, mientras que todas las demás epistemes son vistas como su pasado.

saberes incorporados, hechos cuerpo en movimiento. En ese sentido, Porto-Gonçalves (2009: 11) señala:

En el hacer existe siempre un saber – quien no sabe no hace nada. Hay una tradición que privilegia el discurso –el decir– y no el hacer. Todo decir, como representación del mundo, intenta construir/inventar/controlar mundos. Pero hay siempre un hacer que puede no saber decir, pero el no saber decir no quiere decir que no sabe. Hay siempre un saber inscrito en el hacer. El saber material es un saber del tacto, del contacto, de los sabores y de los saberes, un saber con (el saber de la dominación es un saber sobre). Hay un saber ins-crito y no necesariamente es-crito.

Entendemos que esa tradición mencionada por el autor, que privilegia el decir y no el hacer, y más precisamente el decir académico, se corresponde con aquello que Aníbal Quijano (2000) definió tan claramente como “colonialidad del poder”, volviendo expresivo en el territorio un sistema de categorización y distribución de valores sobre productos y sujetos, que constituyen los modos vinculares del paradigma moderno/colonial. Entre los elementos que componen ese sistema de categorización existe uno especialmente emblemático, el metarrelato del progreso, del desarrollo. Nos detendremos un momento en esta definición porque en ella anidan categorías que permiten instituir unas formas de territorialidad, unas formas de habitar los territorios que se imponen sobre las formas campesinas y periurbanas más vulnerables y en definitiva forman parte del dispositivo de poder que silencia los saberes de esos territorios.

Desarrollo: atraso, progreso y sus expresiones materiales

Los discursos sobre desarrollo son comprendidos como un régimen de representación⁵ que se afianza junto al modelo neoliberal, especialmente en las últimas décadas del siglo XX. Arturo Escobar (2007) señala que el discurso sobre el desarrollo se mueve a sus anchas, cubriendo prácticamente toda la geografía cultural, económica y política de los llamados países tercermundistas. Sucede que el discurso del desarrollo, quintaesencia del progreso, es uno de los pilares del modelo civilizatorio moderno/colonial, en el que se configura un nosotros (moderno) con facultad de intervenir en territorios, grupos, conocimientos, prácticas, subjetividades, y que procura transformar las condiciones de existencia de un otro no-moderno. Así, se construye un efecto de exterioridad, de no-modernidad, sobre experiencias de mundo consideradas atrasadas, incompletas o, en el mejor de los casos,

⁵ Este régimen de representación surge en el marco de una coyuntura histórica, como es la segunda posguerra y es pronunciado por primera vez en 1949, por el entonces presidente norteamericano Harry Truman.

perfectibles. Esta categorización constituye y perpetúa una trama vincular de dominación, silenciamiento, invisibilización que, aun con actualizaciones, lleva casi 70 años de vigencia.

En las experiencias de investigación, sobre las que profundizaremos en breve, orbita siempre esta tensión entre progreso y atraso, moderno y antiguo, y otros pares dicotómicos que, de manera persistente, catalogan la experiencia en cuestión como la menos deseable. En un vasto territorio de la provincia de Córdoba, Argentina –como en tantas otras regiones– se extienden políticas públicas habitacionales rurales que, entre otras acciones, promueven la mejora de la calidad de vida de sus habitantes por medio del reemplazo de las unidades habitacionales. Este reemplazo, que en muchas oportunidades incluye la destrucción de la vivienda original, presenta diversas cualidades⁶ que reavivan las tensiones dicotómicas antes señaladas. Aquí, la tensión entre progreso y atraso se expresa de diversas maneras: mediante el uso de materiales industrializados en reemplazo de los materiales locales, la construcción seriada en reemplazo de un tipo de construcción artesanal, las formas de trabajo contratado que suplantán los modos de trabajo familiar y la incorporación del diseño arquitectónico urbano que sustituye el diseño vernáculo de viviendas, aquello que Kusch (1962) plantea en la oposición pulcritud occidental/hedor americano. Atendiendo las formas en que el Estado comprende e interviene sobre el hábitat campesino, nos planteamos la inquietud por conocer cómo se experimentan estos planes habitacionales en el territorio, por parte de las comunidades destinatarias de esas políticas estatales, qué relación existe entre estas tecnologías constructivas y las locales, qué sensibilidades despiertan y particularmente nos preguntamos qué vínculo existe entre los saberes constructivos vernáculos, desplazados en estas intervenciones, y las formas campesinas de habitar los territorios extendiendo además el interrogante sobre otras formas de hábitat que escapan a la lógica urbana y también a la rural, como lo es el periurbano.

Procurando correr los ejes de las perspectivas de hábitat vivendistas, entendemos al hábitat de manera multidimensional, en un sentido amplio, que comprende la interacción entre diversos elementos: económicos, materiales, espaciales, culturales, políticos y naturales. El hábitat se compone por espacialidades en constante movimiento; es dinámico y, por lo tanto, lo concebimos como un proceso. Hay tantos espacios domésticos como cosmovisiones diferentes, que presentan sus particularidades en el habitar. Las costumbres y modos de vida de los pueblos, los cambios históricos y sociales, las innovaciones técnicas y la situación de la economía de una región, son todos factores que orientan la configuración y transformación del hábitat (Mandrini, Cejas y Bazán, 2018). El territorio se produce y se

⁶ Para mayor profundización, hemos trabajado en el análisis de estas políticas públicas en el artículo: Mandrini, Cejas y Bazán (2018). Erradicación de ranchos, ¿Erradicación de saberes? Reflexiones sobre la región noroeste de la Provincia de Córdoba, Argentina. *Anales del IAA*, 48(1), 83-94. y en el artículo: Mandrini, Cejas, Rolón y Di Bernardo (2018). Desnaturalizando fundamentos coloniales. Revisión de la política pública para el hábitat rural en la región noroeste de Córdoba, Argentina. *Área*, (24), 89-103.

sostiene mediante relaciones sociales, con sus luchas, historias, potencialidades y modos de vivir. Es decir, "las relaciones sociales, por su diversidad, crean varios tipos de territorios, que son continuos en áreas extensas y/o son discontinuos en puntos y redes, formados por diferentes escalas y dimensiones" (Mançano Fernandes, 2005: 277).

Concebimos la idea de territorio y hábitat en complementariedad, como categorías multiescalares y multidimensionales, siempre en vínculo con otros espacios. Nuestra perspectiva de trabajo, que comprende hábitat y territorio de manera integral, supone un abordaje colaborativo que abarca diversos campos de conocimiento, instituciones y actores sociales. Allí radica la riqueza de este enfoque, abierto a integrar múltiples direcciones y en continua construcción y transformación. Esta perspectiva nos permite abordar el espacio campesino y periurbano más vulnerable como un proceso de disputas al discurso del desarrollo que, esencialmente, se asienta en procesos de acumulación por desposesión (Harvey, 2003).

En ese sentido, hablar de procesos aporta una idea de acción al tradicional concepto de hábitat, usualmente clausurado únicamente en el objeto vivienda. Es en los "procesos sociales de territorialización" (Porto-Gonçalves, 2009: 6) donde los grupos sociales se autoafirman, construyen espacios comunes, componen comunidad. Se trata de procesos atravesados por relaciones de poder, lugares en los que se disputan múltiples sentidos. Dentro de esta perspectiva, nos interesa destacar que el ritmo de las luchas latinoamericanas va dibujando "entramados comunitarios" como los llama Raquel Gutiérrez Aguilar, constituyendo una forma de pensar las variaciones de lo común, la comunalidad y lo comunitario como modalidades del esfuerzo colectivo de transformación y de puesta en marcha de prácticas anticoloniales o de descolonización (Gago, 2017: 75).

Desde el espacio académico procuramos acompañar esas luchas de las comunidades, sus resistencias ante las "nuevas formas de explotación y extracción de valor que atentan contra los espacios de autonomía construidos" (Gago, 2017: 75). Las disputas por el territorio que se dan tanto en la ciudad como en el campo y, especialmente, "en las formas de mixtura que surgen de esos territorios" (Gago, 2017: 76) como sucede en el espacio periurbano. Un modo de acompañar estas luchas se centra en las formas de abordar esos territorios, la reconfiguración constante de las metodologías, de los modos de vincularnos a los grupos sociales con quienes trabajamos. En este sentido acordamos con las palabras de Verónica Gago, quien, de manera crítica, sostiene que "la división entre quienes hacen y quienes piensan, confirma la división entre un arriba y un abajo, donde el saber es un sobrevalorado poder de elite y el hacer un modesto recurso subalterno" (Gago, 2017: 66). Nuestro enfoque pretende desdibujar esa dicotomía, correrse del espacio discursivo verbo-centrado para que surjan otros conocimientos, saberes y construcciones desde el cuerpo; acompañando el hacer de sus resistencias comunes.



Imagen 2. Observación compartida: el sentido visual como indicador de funcionamiento del dispositivo.

La construcción de la cocina: metodología cuerpo-centrada

El objetivo del proyecto a partir del cual pudimos desarrollar y reflexionar sobre la metodología que aquí se presenta⁷ consistió, sintéticamente, en el desarrollo de propuestas tecnológicas situadas, desde una concepción integral del hábitat campesino y periurbano para tres comunidades de la provincia de Córdoba. Dentro del objetivo más general, se propuso una metodología cuerpo-centrada, a partir de la construcción comunitaria de cocinas mejoradas con el fin de poner a disposición de la comunidad un dispositivo tecnológico situado, capaz de ser apropiado, repensado y resignificado por quienes lo construyen; y, al mismo tiempo, habilitar espacios de diálogo y reflexión por fuera de la palabra. Formaron parte de la experiencia dos asociaciones campesinas de la provincia, Los

⁷ Píodo (Proyectos Orientados a la Demanda y a las Oportunidades), denominado "Desarrollo tecnológico situado en el hábitat rural. Alternativas integrales para el abordaje de sus funciones residencial, productiva y de socialización", financiado por el Ministerio de Ciencia y Técnica (MINCyT) de la provincia de Córdoba, 2018-2020.

Algarrobos y Nuestras Granjas Unidas, y una cooperativa del periurbano sur de la capital, Gallo Rojo. Se trató de una experiencia colaborativa de vinculación entre el sector científico y las tres comunidades, en la que participamos miembros del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), técnicos del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) e integrantes de dichas comunidades.

El modo de habitar en relación con los objetos y la naturaleza de estas comunidades campesinas y periurbanas, asociado a un vínculo de cuidado con el lugar, constituye una forma alterna a las ideas de habitar capitalistas y urbanocéntricas. En ese sentido, recuperamos también aquí algunas ideas vertidas por Rodolfo Kusch, quien sostiene que la cultura europea calificó al ser en el sentido de aspiración, en el plano de "ser alguien", que toma la ciudad como centro, como "ombligo del mundo" (Kusch, 1962: 113). Por tratarse de comunidades que se encuentran al margen de ese urbanocentrismo (vinculadas al estar aquí y ahora americano), constituyen una posibilidad para construir metodologías alternas, poniendo en valor ese "estar". Consideramos que es en el actuar con otras y otros, en el recupero del oficio y de los saberes constructivos vernáculos, donde puede surgir un espacio posible de traspasar las fronteras del conocimiento hegemónico, del decir racional, como único modo habilitado.

El oficio de la construcción forma parte del universo cotidiano de estas comunidades que se encuentran por fuera del sistema urbano; incluyen a la construcción de espacios como una actividad más, dentro de las tareas domésticas. Es decir, en ellas permanece la práctica de la construcción/reconstrucción, ligada a la valoración de los ciclos de uso de las cosas, ante el consumismo/obsolescencia, relacionado a las prácticas urbanas de consumo ilimitado. Esta cualidad es observable en los espacios construidos de las comunidades con quienes trabajamos, lo cual nos permitió –durante el trabajo de campo– tematizar sobre los materiales disponibles en el lugar, las dificultades para obtener materiales industrializados (por costos, disponibilidad y distancias) y el amplio acervo de conocimientos locales en torno a técnicas constructivas, materiales locales, formas de uso y posibilidades de reutilización. Esta práctica frugal, con relación al cuidado y valoración de los objetos, constituye un modo de resistencia a las formas hegemónicas de progreso ilimitado a base de "mercancías" que fue desplazando la creencia en los símbolos y en el espíritu del estar americano. En este sentido, Rodolfo Kusch realiza una diferenciación entre la cultura urbana y la campesina del siguiente modo:

Mientras occidente crea la ciudad técnicamente montada, como único medio de contrarrestar el miedo, el quichua se mantiene en su magia, conservando frente a la naturaleza el viejo juego del miedo. Es la distancia que media entre una cultura urbana y una agraria. Y si aquella resuelve el miedo con la máquina, o sea con la agresión frente al mundo, ésta sólo se limita a continuar el cultivo y la magia. (Kusch, 1962: 113)

Comprendemos que es mediante una posición epistemológico-política que denuncia el proyecto civilizatorio occidental y su modelo de producción de conocimiento centrado en la racionalidad como único relato indiscutible, que podrán emerger otras formas de comprender el mundo, otras cosmovisiones. Y es dentro de esta perspectiva crítica, que nos proponemos ensayar relaciones alternas a esa racionalidad académica y cientificista vigente.

De esta manera, la metodología de trabajo que fuimos ensayando, creando y recreando a lo largo del trabajo de campo plantea como premisa la búsqueda de prácticas constructivas locales que pudieran ser recuperadas, más allá de los relatos sobre las mismas. Así, la primera etapa del proyecto consistió en ensayar una metodología centrada en las prácticas constructivas, con el fin de descentralizar la práctica de la palabra, tan habitual para el ámbito investigativo verbo-centrado. Para la consecución del objetivo de recuperación de saberes locales/vernáculos, planteamos una estrategia metodológica de construcción de cocinas de bajo costo y alto rendimiento (promovidas por el INTA) con cada una de las comunidades que forman parte del proyecto. Este artefacto tecnológico es central en la dinámica metodológica del trabajo de campo, pues dinamiza las acciones que permiten expresar los saberes hechos cuerpo, bajo las formas expresivas que mejor sirvan a los fines de dar a conocer un saber constructivo específico. A su vez, los dispositivos-cocinas se construyeron mediante talleres colectivos, pudiendo así traer a un espacio común la variedad de saberes y técnicas que, de manera tácita, permanecen vigentes en la comunidad, explorando además el ejercicio entre la teoría y la práctica, con la intención de que el conocimiento y el hacer común se pongan al servicio de la transformación colectiva.

El proceso metodológico facilitó la recuperación de saberes constructivos, dado que se trata de conocimientos asociados a oficios manuales y, por lo tanto, muy vinculados al cuerpo (incorporados). Allí, entendimos que el espacio de la acción (como lo es la construcción de la cocina) se muestra más fértil para la aparición de los saberes incorporados que en aquellos espacios hegemonizados por la palabra. Como añadido, el hecho de que los talleres fueran espacios colectivos de trabajo, además de alivianar la tarea, la volvió lúdica, propiciando el hacer en comunidad y la evocación de memorias familiares en las que se pudo compartir vivencias actuales y pasadas, siempre a la luz de alguna técnica específica que se estuviera utilizando para construir la cocina. Así, la técnica para cortar un ladrillo con la cuchara de albañil, la maestría para hacerlo de un solo golpe, pudo ser motivo suficiente para traer al espacio común memorias de familia, de cuando se construyó la casa ma-paterna, de la procedencia de los materiales para construirla, de los roles asignados en la obra según el rol en la familia, de la rigurosidad –en algunos casos– con que se enseñaba la técnica, de los devenires que acarrea el tener que buscar algún material, como aberturas, lejos del lugar en el que se realizaba la construcción, etc.

El saber material, por ejemplo, es un saber del tacto, del contacto, de los sabores y de los saberes, un *saber con* antes que un *saber sobre* (Porto-Gonçalves, 2009: 11). Es decir, la construcción de las cocinas, en tanto momento de la acción, permitió poner en diálogo la

discursividad corporal (reducto de saberes difícilmente expresables por el medio lingüístico) y así visibilizar saberes constructivos (técnicas constructivas vernáculas) locales, ancestrales y comunitarias.

Mediante el corrimiento del ejercicio verbo-centrado se habilitó el surgimiento de un nuevo conocimiento, superador de la teoría y la práctica, amalgamado entre el hacer y el saber, posibilitando otros vínculos a partir del "estar o estar aquí" (Kusch, 1962: 9). Rodolfo Kusch presenta una crítica al "ser alguien" asociado al mundo occidental y reivindica el espíritu del "estar aquí y ahora" de la cosmovisión americana, poniendo en valor formas simples. El estar se rige por el compromiso con el ámbito, por el valor sobre lo espiritual y simbólico, mientras que el ser se rige por referencias que están en la teoría y, con ello, en la razón y los argumentos. Es en el estar aquí, en la relación, en el contacto, que resulta posible la manifestación de las diferencias, "de ahí su carácter contingente geográfico y social". Y es a partir de las diferencias que nuevas epistemologías están emergiendo (Mignolo, 2000, 2003, cito en Porto-Gonçalves, 2009: 9). Se trata de epistemologías que surgen en el contacto de epistemes distintas (Porto-Gonçalves, 2009).

La modalidad de construir conocimientos desde el cuerpo nos posibilitó otros aprendizajes, desde ese *saber hacer*, moviéndonos del *decir* que "como representación del mundo, intenta construir/inventar/controlar mundo" (Porto-Gonçalves, 2009: 11). En las jornadas constructivas emergieron otros lenguajes: habitamos otras territorialidades a partir de miradas, gestos, silencios, complicidades, memorias, técnicas, recetas, risas, formas de hacer; en definitiva, compartimos modos de vivir, de estar en el mundo.

El dispositivo cocina: reapropiación de los saberes puestos en diálogo

La cocina mejorada de alto rendimiento y bajo consumo es un dispositivo que presenta diversas ventajas frente al fogón: ahorro de leña; comodidad en la postura (al construirse elevadas del suelo), evita el humo en la zona de trabajo; reduce el riesgo de quemaduras y se utilizan varias ollas en simultáneo. Las paredes y piso de la cocina acumulan y conservan calor; el fuego tiene mayor superficie de contacto con las ollas, reduciendo los tiempos de cocción; la combustión se mejora por la correcta aireación de la leña encendida, lo que redundará en un ahorro del 60% de leña (Ledesma, 2015).

Se decidió construir este tipo de cocina, en primer lugar, porque cubría una necesidad concreta de las comunidades: aprovechar al máximo el espacio de fogón, ahorrar leña y tiempo, colaborando tanto en sus actividades productivas (por ejemplo, hervir pollos para pellarlos, cocinar dulces y arropes, derretir cera de abeja, hervir cueros, tareas que forman parte del proceso productivo), como residenciales y comunitarias (por ejemplo, cocinar, ya sea para uso familiar o en los encuentros colectivos). En ese sentido, esta cocina resolvía problemáticas sentidas: por un lado, brindando la posibilidad de realizar cocciones con bajo

costo; y, por otro lado, recalando en la protección de quien la emplea, evitando la exposición al humo y cuidando la postura (en su mayoría, de mujeres). En segundo lugar, la elección del dispositivo cocina tuvo que ver con la propuesta metodológica cuerpo-centrada. Al tratarse de un artefacto sencillo de construir, a partir de materiales y técnicas constructivas conocidas por las familias, observamos que era una oportunidad para que emerjan saberes tácitos. A su vez, no es lo mismo convocar a una jornada de diálogo que convocar a un taller de este tipo: en una jornada de pocas horas era factible constituir un artefacto útil y que brinde comodidad, al mismo tiempo que se generaba una oportunidad para que emerjan otras reflexiones desde los saberes hechos cuerpo. Así, nos compartieron conocimientos sobre formas de construir y el estrecho vínculo de esas técnicas con la vegetación de la zona, cuyas cualidades demarcaban los posibles usos: el tipo de madera que se usa como columnas, distinto del que se usa para vigas, las mejores fibras si se desea construir con adobe, etc. A su vez, existe un conocimiento específico sobre los ciclos de uso de los materiales, que llevan a conservar y reutilizar elementos, como por ejemplo, alambres que ya no sirven para cerco pero sí son útiles para otras tantas reparaciones.

Consideramos que este artefacto constituye un desarrollo tecnológico social, situado y flexible, ya que ofrece la posibilidad de ser realizada por medio de diferentes técnicas constructivas y empleando distintos materiales (de tal manera que los recursos disponibles de la zona son siempre valorados). Asimismo, el diseño del objeto puede adaptarse al tipo de producción que se espera obtener, priorizando un mayor número de hornallas con menor intensidad de calor o unas pocas con calor más fuerte, disponer de horno, entre otras. En ese sentido, creemos que esta experiencia constituyó una oportunidad para reflexionar sobre la capacidad de que las tecnologías sean inclusivas o no. Aquí vale preguntarnos por la transformación, apropiación y reapropiación de los saberes puestos en diálogo durante estos procesos constructivos participativos y, a partir de ello, por la emergencia y resignificación de esos saberes.

Tras las experiencias comunitarias, hemos observado que el dispositivo cocina ha sido replicado en todas las comunidades. En cada caso ha podido ser adaptado, mejorado, transformado, modificado en diversos aspectos, técnicos y constructivos (revoques, parrilla, tamaño de hornallas, altura según la persona usuaria, tipos de materiales según las condiciones climáticas y disponibilidad local) ligados a los diferentes usos.

Comprendemos que los modos de construcción colaborativa con que se desarrollaron las jornadas constructivas han habilitado estas posibilidades de transformaciones y adecuaciones tecnológicas posteriores. Si bien los talleres han estado guiados, acompañados por personal del sector científico y tecnológico, hemos podido generar el vínculo necesario para habilitar otros lenguajes, para abrir y acompañar el gran universo de ideas que emergen alrededor del hacer, del tacto, de la conversación, del encuentro. Relacionarse lejos del discurso lineal y unidireccional (de arriba hacia abajo) ha permitido que emerjan otros lenguajes, ligados a la intuición, a la memoria y sus modos de hacer históricos. Se trata de

una tecnología apropiada, lo suficientemente abierta como para que, quienes la construyen y la habitan, puedan aplicarle modificaciones, mejoras, innovaciones. En definitiva, para que puedan apropiarse, adecuarla a sus formas de vida.



Imagen 3. Saberes del tacto: sensibilidad que permite evaluar la temperatura.

Conclusiones

La investigación militante resulta una oportunidad para revisar la histórica división entre el pensar y el hacer. Acordar con la imposibilidad de sostener la distancia entre quienes hacen y quienes piensan nos transporta a pensar de qué manera resulta posible construir un espacio de diálogo genuino y en qué condiciones resulta posible ese diálogo de saberes. Para ello, proponemos un modo de inteligibilidad recíproca, más allá de la enunciación-escucha, considerando que el cuerpo puede ser el soporte de saberes con el que resulta posible dialogar genuinamente. En el artículo hemos recalado especialmente en aquellos saberes que están incorporados, hechos cuerpo, que difícilmente podemos encontrarlos ordenados en un discurso.

La experiencia metodológica que compartimos constituye una oportunidad para reflexionar sobre formas contrahegemónicas de construir conocimiento. Entendemos que se trata de formas complementarias a las premisas con las que desarrollamos tecnologías, es decir,

buscando construir dispositivos tecnológicos que habiliten una justicia cognitiva global, en palabras de Boaventura de Sousa Santos, o de ser o no inclusivos en un plano fundamental como lo es el epistémico/gnoseológico.

En ese sentido, la premisa de investigación que sustenta el trabajo plantea la profundización de la idea de inclusión ya no solo social, sino gnoseológica. El punto de partida para la indagación supone que allí donde existan procesos de inclusión social (entramado en políticas públicas, planes de acceso a tecnologías, capacitaciones, etc.) es posible desplegar instancias de definición participativa, capaces de integrar saberes históricamente silenciados, subalternizados, desaprovechados. Producir conocimiento es, siempre, agenciar la transformación del mundo, ya sea en un sentido dominante-reproductivo, ya sea en un sentido descolonizador/transformador (Haber, 2017). La construcción de alternativas a órdenes injustos supone un proceso de producción de conocimiento territorialmente situado, un recupero de emergentes locales que pueda interactuar desde la expresividad que es propia de estos saberes, sin necesariamente esperar que estén sistematizados en un discurso verbo-centrado.

Respondiendo a la pregunta por la reapropiación de los saberes puestos en diálogo durante estos procesos constructivos participativos, podemos afirmar que el interjuego producido por los lenguajes corporales durante los talleres de construcción de cocinas habilitó la visibilización de nuevas territorialidades. Emergieron confianzas en los saberes propios de las comunidades, "un saber inscrito en el hacer" (Porto-Gonçalves, 2009: 11) a partir de la puesta en acción del cuerpo, de las herramientas manuales, el ejercicio de la evocación, etc. Dialogar desde el tacto, comprender con las propias manos la sensibilidad que puede habitar en el modo de preparar una mezcla para unir ladrillos o en el comprender el grado de calor que necesita el dispositivo cocina para funcionar, se torna un conocimiento que se aprende en la experiencia, un saber con la potencialidad de resignificar en sus particularidades, dependiendo la situación, es decir, un saber situado, en constante devenir.

La capacidad de resignificar saberes, de ser reapropiados por quienes habitan los territorios, de habilitar formas de visibilizar saberes corporizados y de ponerlos en diálogo, constituye una estrategia decolonial (orientada como en este caso al desarrollo de tecnologías sociales para el hábitat). Esto se inscribe en el fortalecimiento de las identidades históricamente subalternizadas, se afianzan acervos de conocimiento comunitarios y permite acompañar formas de resistencia a los avances desterritorializantes del capital.

Se vuelve necesario entonces geografizar, territorializar, situar la producción de conocimiento para volver inteligibles los saberes en copresencia (Boaventura de Sousa Santos, 2009), abandonando la visión lineal que distingue entre saberes de avanzada (asociado al "ser alguien" del mundo occidental) y saberes primitivos (asociado al "estar aquí y ahora" de la cosmovisión americana). La perspectiva epistémica que parte de la incompletitud de todo saber con potencial complementariedad habilita, entonces, la

visibilización de experiencias colectivas que pueden enriquecer tanto la comprensión de sus propias problemáticas como también la base gnoseológica con que se construyen soluciones. Reflexionar sobre la producción de conocimiento con y desde los territorios no implica desacreditar el conocimiento científico, sino que implica algo más enriquecedor: su uso contrahegemónico.

Bibliografía

Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Castro-Lara, E. (2016) Reflexiones para decolonizar la cultura académica latinoamericana en Comunicación. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, 131, 107-122.

De Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del sur: la reivindicación del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI, Clacso.

Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana.

Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gago, V. (2017). Intelectuales, experiencia e investigación militante: Avatares de un vínculo tenso. *Nueva Sociedad*, 268, 65-76.

Guba, E. y Lincoln, Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En Denman, C. y Haro, J.C. (comps.) *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social* (pp. 113-145). Hermosillo, Sonora: El colegio de Sonora.

Haber, A. (2017). Presentación del curso "Metodologías decoloniales: anatomía disciplinaria, no metodología y arqueología indisciplinada". Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

Harvey, D. (2003). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Kusch, R. (1962). *América profunda*. Rosario: Fundación Ross.

Ledesma, M. (2015). Construcción de cocinas mejoradas de alto rendimiento y bajo consumo. Inta. Recuperado en: https://inta.gob.ar/sites/default/files/script-tmp-inta_cocina_del_monte.pdf

Mançano Fernandes, B. (2005). *Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais: Contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais*. Buenos Aires: Osal, Clacso.

Mandrini, M.R.; Cejas, N. y Bazán, A.M. (2018). Erradicación de ranchos, ¿Erradicación de saberes? Reflexiones sobre la región noroeste de la Provincia de Córdoba, Argentina. *Anales del IAA*, 48 (1), 83-94. Recuperado de: <http://www.iaa.fadu.uba.ar/ojs/index.php/anales/article/view/265/453>

Mandrini, M.R.; Cejas, N.; Rolón, G. y Di Bernardo, A. (2018). Desnaturalizando fundamentos coloniales. Revisión de la política pública para el hábitat rural en la región noroeste de Córdoba, Argentina. *Área*, (24), 89-103.

Porto-Gonçalves, C.W. (2009). De Saberes y de Territorios-diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. *Polis*, 22, 01-13.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder eurocentrismo y América Latina. En Lander, E. (coord.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso/Unesco.

Vanoli, F.; Martínez, V. y Cejas, N. (2018). Procesos comunicacionales en la producción de hábitat: tres inflexiones para un abordaje decolonial. *Question*, (58)1.

Vasilachis de Gialdino, I. (2007). *Estrategias de investigación cualitativa*. Buenos Aires: Gedisa.